



III

EN EL DIDASCALEO

ERA al anochecer, y después de animada discusión sobre la transmigración de las almas, Timón y Cinna, solos en la espaciosa galería, contemplaban el espléndido paisaje, la inmensidad del mar. Aula magnífica que bien podía llamarse suntuoso Didascaleo.

El joven romano, estrechando entre sus manos las del viejo Timón, le confesó cuál era el sufrimiento que más turbaba su existencia, qué motivos le habían impulsado á

buscar la amistad de los sabios y de los filósofos del Serapeum.

—Al menos me ha cabido la fortuna de conocerte, maestro, añadió al terminar su explicación, y sé que pues tú no puedes descifrarme el enigma de la vida, no hay en el mundo quien sea capaz de tanta empresa.

Fijos los ojos en el mar que reflejaba, como terso espejo, la blanca luz de la luna nueva, Timón callaba...

Hasta que interrumpiendo el largo silencio preguntó:

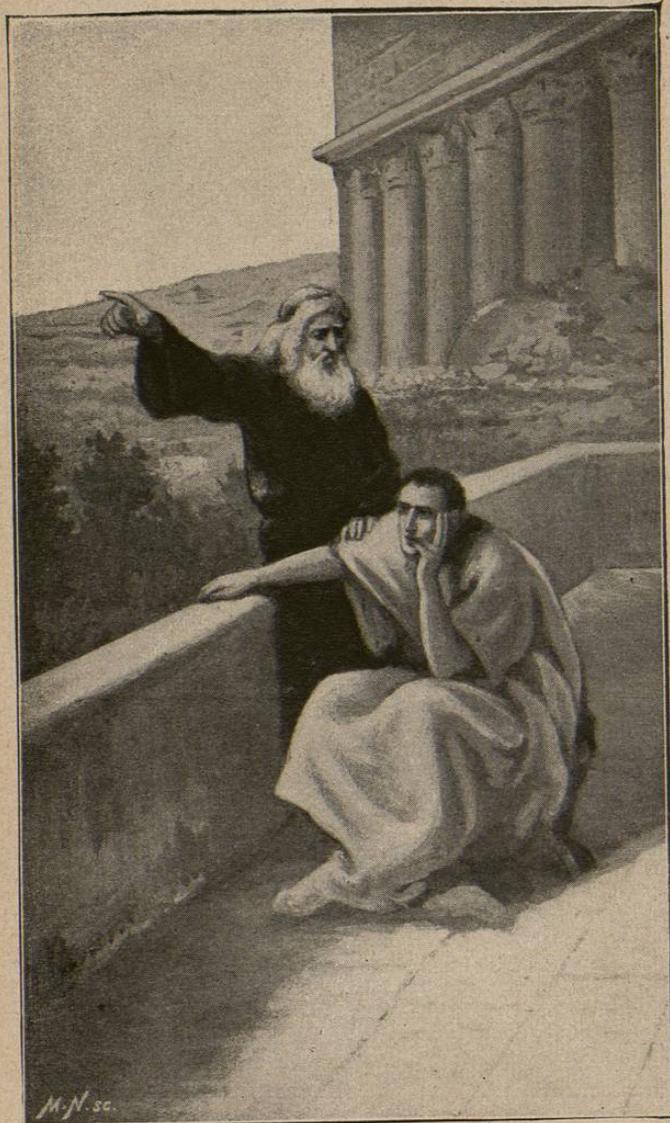
—¿Viste, Cinna, durante el invierno caer sobre la ciudad las bandadas de pájaros venidos de las nieblas del Norte? ¿Sabes, hijo mío, qué buscan estas aves en Egipto?

—Calor y luz, maestro...

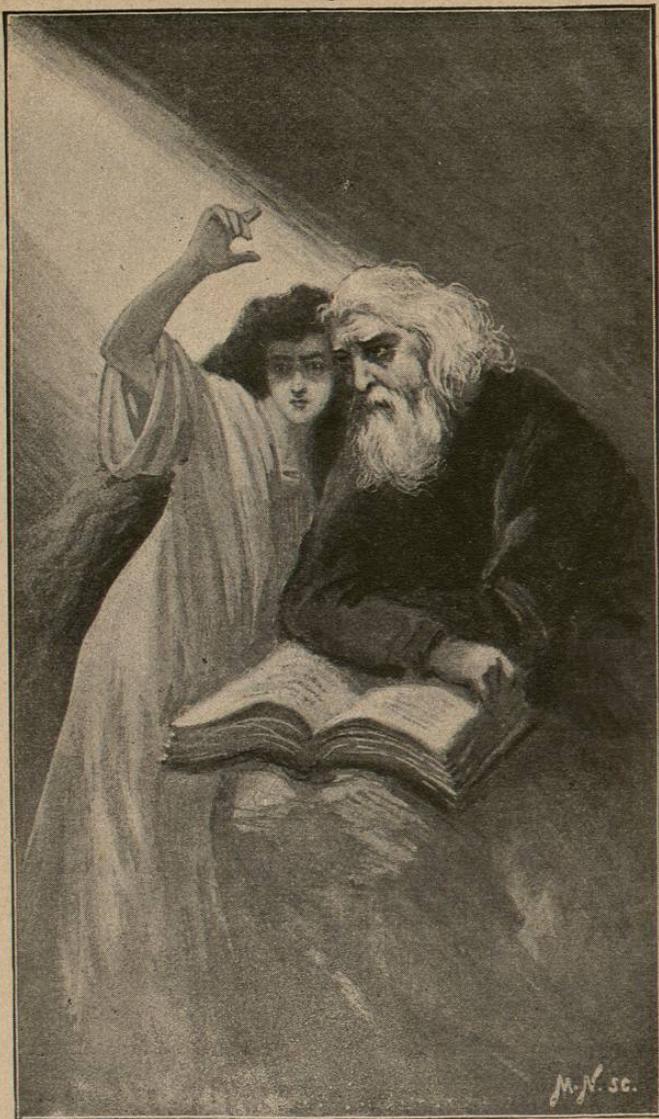
—Sí, y cual ellas las almas humanas buscan el calor del amor y la luz de la verdad. El pájaro sabe donde hallará lo que anhela; el alma, la pobre alma humana, vuela al azar, inquieta, triste, ignorando á donde va.

—Es verdad, maestro; mi alma se desespera buscando el camino.

—En otros tiempos, la fe en los dioses regalaba la envidiada calma; hoy la fe se ha extinguido como el aceite de una lámpara. Por un momento creyóse que la filosofía haría nacer en las almas el sol de la verdad: ¡vana esperanza! Vinieron los escépticos y



El pájaro sabe donde hallará lo que anhela; el alma...



Ella en inspirados sueños veía lo invisible á los ojos profanos de los demás mortales.

fundaron su doctrina sobre las ruinas de la extinta Academia de Atenas: soñaban gozar la paz y de ellos se enseñoreó la inquietud... Porque renunciar á la luz de la verdad y al calor del amor es dejar al alma sumida en las tinieblas, en la inquietud... ¡Y en tanto los hombres ciegamente, extendidas las manos, ardiente la cabeza, buscamos en vano una solución!...

—¿Y no diste con ella?

—La busqué... sin resultado. Tú confiaste hallarla en los placeres, yo en el pensamiento. Ambos vagábamos en las tinieblas, y sólo tinieblas nos rodean. Sabe, pues, que no eres el único que sufres, sabe que en ti sufre y se lamenta el alma del mundo... ¿Hace muchos años que no crees en los dioses?...

—En Roma aún les honran públicamente, y aceptan otros nuevos traídos de Egipto y del Asia; pero sólo los campesinos que á la luz del alba llegan de vecinas granjas ó villorrios, pueden aún creer sinceramente...

—Y ellos son los únicos que gozan la calma.

—¿Como la gozan cuantos en Alejandria se postran ante ovejas y gatos?

—Sí, como la gozan cuantos, semejantes á las bestias, sólo ambicionan comer y dormir.

.....

—Pero ¿crees que ese vivir vale la pena?

—¿Y la muerte? ¿sabemos qué nos reserva la muerte?

—Entonces ¿qué diferencia encuentras entre tú y los escépticos?

—¿Los escépticos?... Escépticos son aquellos que gustosos aceptan, ó fingen aceptar, las tinieblas y la ignorancia; pero á mí, al contrario, esas tinieblas y esa ignorancia me martirizan.

—¿Y no esperas salvación?

Timón calló un instante; luego lentamente, cual titubeando, dijo:

—La espero...

—¿De dónde?

—No lo sé... aún no lo sé.

Y apoyando la cabeza en la palma de la mano, cual si ejerciera en él misterioso influjo el silencio que reinaba en la galería, añadió en voz muy baja:

—¡Cosa extraña! me parece que si el mundo no fuese más que lo que vemos, que si nosotros no pudiésemos ser más que lo que somos, no nos atormentara esa inquietud que nos tortura... En la misma enfermedad veo el remedio y espero la curación. Ha muerto cuanto daba vida al alma. ¡Muertas las antiguas creencias! ¡Muerta la filosofía!... La vida vendrá de algo nuevo, de una verdad desconocida...

.

Esta conversación infundió vigor al alma de Cinna. Sabía que no era él el único que sufría, que todo el mundo estaba enfermo.

Y experimentaba una sensación semejante al descanso; parecía que descargaban de sus espaldas un peso inmenso y lo repartían entre millares de espaldas.





IV

EN EL GYNECEO

A PARTIR de este día fué más íntima la amistad entre Cinna y el anciano griego. Veíanse frecuentemente y comunicábanse sus ideas y esperanzas.

Sin embargo, á pesar de la experiencia de la vida y del triste decaimiento, efecto de excesivos placeres, Cinna era joven, demasiado joven para que el mundo no le brindara nuevos atractivos.

Y nuevo atractivo, despertar de dormidas ilusiones fué para él Anthea, la hija única de su buen amigo.

El nombre de la hija de Timón era en Alejandria tan popular como el de su padre.

Los romanos, que frecuentaban el palacio del maestro, la admiraban; y la admiraban los griegos y los filósofos del Serapeum; y rayaba en veneración el amor que le profesaban las gentes del pueblo.

Vivia en el Gyneceo; pero Timón, lejos de tenerla encerrada en él y contentarse con que se dedicara á ocupaciones femeniles, procuraba enseñarle cuanto sabía.

De niña le dió, para que leyese, los autores griegos, los escritores latinos y los filósofos hebreos. Anthea, dotada de singular memoria y educada en Alejandria, ciudad cosmopolita, hablaba correctamente los tres idiomas.

Era la única confidente de todos los pensamientos del maestro, y varias veces en los grandes convites ó *sympose*, ella, cual otra Ariana, supo librarse y librar á los demás del confuso laberinto de los más arduos problemas filosóficos.

Era la admiración y la alegría de su padre. La rodeaba el encanto del misterio, y el de la casi divinidad: ella en inspirados sueños veía lo invisible á los ojos profanos de los demás mortales.

El sabio anciano la amaba como á sí mismo, como á su alma; y la amaba más porque le torturaba el temor de perderla, pues la joven le explicaba con frecuencia que mien-

tras dormía solían aparecérsese seres monstruosos rodeados de extraña y deslumbradora luz. ¿Eran presagios de larga vida ó augurios de próxima muerte? Lo ignoraba.

Todos la amaban: los egipcios que la veían en la casa paterna llamábanla Loto, —la flor del olvido, —quizás porque su pueblo rendía á esta flor un culto divino; quizás porque al contemplar á Anthea olvidaban cuanto hermoso hay en la tierra.

Pues era su belleza igual á su saber. El sol de Egipto no había con su hálito ardiente ni empañado siquiera la tersa blancura de aquel rostro de hada, y sus mejillas tenían el rosicler de la aurora y la transparencia del más puro nácar. Sus ojos eran hermosos cual el azul incomparable del Nilo, y sus miradas, como las aguas del misterioso río, parecían destellos de luz salidas del ignoto, circundadas del encanto del misterio.

Cinna la vió, la oyó... y al salir del palacio del maestro soñaba en levantarle un altar en el atrio de su casa y en sacrificarle las dos más bellas palomas blancas.

En el decurso de su existencia había conocido muchas mujeres: las hijas del Norte de largas cejas rubias y hermosa cabellera, dorada como el trigo; las hijas del Mediodía; las de Numidia, de trenzas más negras que la lava de los volcanes. Pero nunca hasta entonces había visto un alma tan grande en

un cuerpo tan bello. Cada vez que veía á Anthea, que escuchaba sus palabras, multiplicábase su entusiasta admiración.

Y el, que no creía en los dioses llegó á dudar de que Anthea fuese hija de Timón, y á creer que, mitad mujer, mitad diosa, debía ser nacida de divinidades, hija de inmortal.

Cinna la amó, y la amó con amor nuevo, invencible, inmenso. Amor diferente de cuantos hasta entonces sintiera, porque Anthea era también diferente de las demás mujeres. Si deseaba poseerla era para arrojarse á sus piés. Y por este placer diera gustoso hasta la última gota de su sangre.

Parecíale preferible ser mendigo con ella, que rey sin ella. Y cual el torbellino de la mar arrastra con fuerza irresistible cuanto se opone á su vertiginosa marcha, así el amor se enseñoreó del alma de Cinna, de su corazón, de sus días, de sus noches, de su existencia toda...

Y el amor acabó por ser dueño absoluto del alma de Anthea.

Tu felix Cinna! le decían los amigos.

Tu felix Cinna! repetíase á sí mismo.

Y el día de los esponsales, cuando los puros labios de Anthea balbucearon temblorosos la frase sacramental: *Ubi tu Cæius, ego Cæia:* —Donde estarás tú Cayo, estaré yo Caya, —imaginóse que su felicidad era como la mar, sin límites, sin término...



V

EN MEMFIS

UN año había transcurrido del día de los esponsales: Anthea continuaba siendo para Cinna objeto de respetuoso culto, alma de su alma, encarnación del amor, de la sabiduría, de la luz...

Pero esta felicidad inmensa como el mar debía como el mar ser tornadiza y engañadora.

Al morir aquel primer año Anthea fué presa de misteriosa enfermedad. Sus sueños proféticos trocáronse en visiones horribles capaces de causarle la muerte. Su rostro